



LA CAÍDA DE CARTAGO

LAS GUERRAS PÚNICAS
265-146 A.C.

Adrian Goldsworthy

Ariel

HISTORIA

**LA CAÍDA
DE CARTAGO
LAS GUERRAS PÚNICAS,
265-146 A.C.**

Adrian Goldsworthy

Traducción de
Ignacio Herrero

Ariel
HISTORIA

Título original:
The Punic Wars

Primera edición en esta presentación: mayo de 2019
Ediciones anteriores: 2002 y 2008

© 2000, Adrian Goldsworthy
Publicado por primera vez por Cassell, Reino Unido, 2000

© 2002, Ignacio Herrero, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3079-2
Depósito legal: B. 6.991-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

<i>Lista de mapas</i>	6
<i>Prefacio</i>	7
<i>Introducción</i>	11

1. Los bandos en conflicto	25
----------------------------------	----

PRIMERA PARTE

LA PRIMERA GUERRA PÚNICA 264-241 A.C.

2. El estallido de la guerra	73
3. La guerra en tierra	87
4. La guerra por mar	113
5. El final del conflicto	151

SEGUNDA PARTE

LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA 218-201 A.C.

6. Las causas de la Segunda Guerra Púnica	169
7. La invasión	197
8. Cannas y la crisis en Roma	231
9. La guerra en Italia, 216-203 a.C.	261
10. España, Macedonia y Sicilia	289
11. La ascensión de Escipión, 210-205 a.C.	317
12. África	337
13. Roma, los comienzos del imperio	365

TERCERA PARTE

LA TERCERA GUERRA PÚNICA 149-146 A.C.

14. « <i>Delenda Carthago</i> »	389
15. La Tercera Guerra Púnica	401
16. El legado	421
<i>Cronología</i>	435
APÉNDICE I. El sistema político republicano	445
APÉNDICE II. El ejército consular	447

LISTA DE MAPAS

1. El mundo mediterráneo en el siglo III a.C.	12
2. El África del Norte cartaginesa	27
3. La Península Itálica	39
4. Sicilia	74
5. Batalla de Ecnomo, 256 a.C.	130
6. Batalla de Drepana, 249 a.C.	140
7. España	173
8. Batalla de Trebia, 218 a.C.	206
9. Batalla del lago Trasimeno, 217 a.C.	219
10. Batalla de Cannas, 216 a.C.	237
11. Macedonia, Iliria y Grecia	301
12. Asedio de Siracusa, 212-214 a.C.	309
13. Asalto a Cartago Nova, 209 a.C.	321
14. Batalla de Ilipa, 206 a.C.	329
15. Batalla de Zama, 202 a.C.	357
16. Sitio de Cartago, 149-146 a.C.	404

CAPÍTULO 1

LOS BANDOS EN CONFLICTO

Antes de entrar en detalles sobre las organizaciones políticas y los sistemas militares de Roma y Cartago en las vísperas de su primer conflicto, vale la pena considerar cómo era el mundo mediterráneo en el siglo III a.C. La muerte de Alejandro Magno, en el año 323, sin que éste contase con un sucesor claro en edad adulta, supuso la disolución de su vasto imperio. Con el tiempo surgieron tres importantes dinastías: la de los ptolomeos en Egipto, la de los seléucidas en Siria y la mayor parte de Asia, y la del reino de los Antígono en Macedonia, que se enfrentaron entre sí y con varios reinos menores, con ciudades y con ligas de ciudades que aparecieron en Grecia y Asia Menor. Las comunidades griegas que ocuparon la mayor parte de Sicilia y del sur de Italia —conocida como la Magna Grecia— y que se diseminaron por las costas de España y del sur de la Galia, en especial la gran ciudad de Massilia (Marsella), formaban parte del mundo helénico, pero de un mundo políticamente dividido. España fue ocupada en el sur por los íberos; los celtíberos formados a partir de una mezcla de españoles y un contingente de galos se hicieron con el norte, y los lusitanos con el oeste. Galia y el norte de Italia estaban pobladas por gentes conocidas por los griegos como *celtoi* y por los romanos como galos. Todos estos pueblos eran esencialmente organizaciones tribales, aunque fluctuaba el nivel de unidad en la tribu, el poder de sus líderes y la fuerza de las propias tribus tomadas de forma individual. Algunos pueblos desarrollaron asentamientos que se parecían ya a las clásicas ciudades-Estado. Los ligures del noroeste de Italia estaban mucho más fragmentados socialmente, contando con un escaso número de líderes capaces sólo de controlar a los guerreros de su pequeña aldea. En todos estos pueblos, el nivel de liderazgo dependía principalmente de la capacidad guerrera. Los ataques por sorpresa y las escaramuzas a pequeña escala constituían algo endémico; las batallas eran menos frecuentes, aunque de ninguna manera inexistentes.¹

1. Una visión útil sobre el mundo mediterráneo en el siglo III a.C., en A. Toynbee, *Hannibal's Legacy*, Oxford, 1965, vol. 1, pp. 20-83.

A comienzos del siglo III, Cartago era sin duda alguna la mayor potencia del Mediterráneo Occidental. Los romanos llegaron en realidad a alcanzar la preponderancia, al menos a ojos del mundo literario griego, después de su obstinada resistencia y de la victoria final sobre Pirro, en 280-275. No obstante, continuaron siendo por entero una potencia italiana, y por esa razón nos tendremos en primer lugar en Cartago.

Cartago

Los barcos mercantes fenicios, inicialmente movidos sólo a remo, constituían una visión familiar en todo el mundo mediterráneo ya desde principios del último milenio a.C. Pueblo semítico, cuyas principales ciudades de Tiro y Sidón se encontraban en la costa de lo que actualmente es el Líbano, los fenicios establecieron asentamientos comerciales a lo largo y a lo ancho del Mediterráneo. Existen pruebas arqueológicas de su presencia en España ya desde el siglo VIII a.C., pero es muy probable que hubieran circulado con anterioridad de manera activa por esta zona, como nos lo indica de forma clara Tartesos, la Tarsis del Antiguo Testamento, fuente de grandes riquezas minerales. Cartago no fue el primer asentamiento púnico en África —Útica era mucho más antigua—, pero parece ser que desde el principio gozó ya de especial importancia. El posterior mito de su creación cuenta que Elisa (la Elishat fenicia), o Dido, que se había desplazado desde Tiro después de que su hermano, el rey Pigmalión, hubiera asesinado a su marido, fundó Cartago el año 814. Habiéndole prometido los libios entregarle cuanta tierra cupiera en el interior de una piel de buey, Elisa cortó esa piel en tiras muy finas y, así, pudo reclamar mucha más tierra de la que en un principio se hubiera podido pensar, haciendo una temprana demostración de la doblez que tanto romanos como griegos consideraban característica púnica. Más tarde, Elisa prefirió incinerarse ella misma en una pira funeraria antes que casarse con el rey libio Jarbas, acción que sirvió para proteger a su pueblo y mantener la fe en su difunto marido.²

Es imposible afirmar si hay ni siquiera un leve vestigio de verdad en toda esa historia, pues los mitos fundacionales eran comunes en el mundo grecorromano y se fabricaban con frecuencia. Tampoco sabemos qué decían los cartagineses de los orígenes de su ciudad. Las excavaciones todavía no nos han revelado ningún indicio de ocupación anterior a los últimos años del siglo VIII a.C. Está claro que Cartago mantuvo una clara relación con Tiro a lo largo de toda su historia. Anualmente se enviaba una expedición para realizar sacrifi-

2. Para los orígenes de Cartago, véase G. Picard y C. Picard, *Carthage*, Londres, 1987 (ed. rev.), pp. 15-35; S. Lancel, *Carthage*, Oxford, 1995, pp. 1-34; sobre Tarsis, Ezequiel 27.12; sobre España, Lancel (1995), pp. 9-14.



MAPA 2. *El África del Norte cartaginesa.*

cios en el templo de Melkart («Señor de la ciudad»), en Tiro, relación que se mantuvo incluso cuando Cartago aumentó su poderío y comenzó a fundar colonias propias. En el aspecto cultural, la ciudad conservó claramente sus características fenicias en lo que a lengua y cultura se refiere, y la adopción de algunas costumbres griegas y del Líbano no hizo cambiar su naturaleza propia. Al menos en un aspecto de la práctica religiosa, los cartagineses eran más conservadores que las gentes de Tiro. Continuaron los espantosos sacrificios de niños a Moloc, a los que mataban y quemaban en honor de Baal Hammon y de su consorte Tanit, una práctica que se había abandonado en Tiro por la época en que se fundó Cartago. El templo de Salambó, lugar de culto donde se realizaba ese ritual, es la estructura más antigua descubierta hasta el momento por los arqueólogos en Cartago, y las excavaciones han mostrado que esa práctica continuó hasta el 146. De manera inquietante, la proporción de sacrificios en los que un cordero u otro animal sustituía a los niños, en lugar de incrementarse, fue disminuyendo con el paso del tiempo. Se han descubierto santuarios similares en otros asentamientos, pero raramente (si es que se puede hablar de algún caso) en lugares fundados de manera directa por los fenicios. En Cartago la religión estaba firmemente controlada por el Estado y sus principales magistrados combinaban funciones políticas y religiosas.³

Las fundaciones cartaginesas de ultramar se constituyeron fundamentalmente como centros comerciales, al igual que lo habían sido las de sus predecesores fenicios; pero, a partir del siglo VI, entraron en clara competencia

3. El sacrificio a Melquart, en Polibio 31.12; religión y cultura, en Picard y Picard (1987), pp. 35-50; Lancel (1995), pp. 193-256, esp. 245-256.

con las colonias griegas que comenzaban a brotar por entonces. El principal motor impulsor de la colonización griega fue la escasez de buenas tierras cultivables para hacer frente a la demanda de una población en aumento. Las colonias que establecían eran réplicas de las ciudades-Estado o *poleis* de la propia Grecia, comunidades en las que el *status* dependía normalmente de la posesión de tierras. La competencia entre estos dos rivales, que ambicionaban la explotación de territorios en su propio beneficio, desembocó en conflicto abierto, sobre todo para hacerse con el control de Sicilia. El número favorecía a los colonos griegos, puesto que los asentamientos cartagineses siempre eran de menor tamaño, pero aquéllos tenían la desventaja de su falta de unidad política. Las fuertes diferencias religiosas entre ambos bandos añadieron un matiz especialmente terrible al conflicto, y era frecuente la profanación de santuarios y templos. Esta actitud se suavizó ligeramente cuando el Estado cartaginés empezó a aceptar algunas divinidades griegas. El culto a Deméter y Koré (Perséfone) se introdujo de manera formal en Cartago el 396, como acto propiciatorio, después de que a la destrucción de uno de sus templos en Sicilia le hubiera seguido una plaga devastadora entre los hombres del ejército púnico allí instalado.

La suerte fluctuó hacia ambos bandos durante el largo conflicto por la conquista de Sicilia. El 480 los griegos obtuvieron una gran victoria en Himera, acontecimiento que coincidió felizmente con las derrotas del ejército invasor de Jerjes sobre Grecia en Salamina el mismo año y en Platea el 479, lo que provocaría enorme satisfacción en todo el mundo helénico. A pesar de tales fracasos, los cartagineses perseveraron en su lucha, y los griegos, para poder continuar la guerra, se vieron obligados a aceptar cada vez más el liderazgo de tiranos, sobre todo Dionisio y Agatocles, o de capitanes mercenarios, entre los cuales Pirro fue uno de los últimos ejemplos. El 310, Agatocles, tirano de Siracusa, desembarcó una fuerza en el cabo Bon, en el norte de África, lo que significaba una amenaza directa al propio territorio de Cartago. Provocó el pánico en la ciudad, así como un levantamiento político. Agatocles derrotó a un ejército cartaginés muy superior, expulsando a las tropas de la fuerza expedicionaria púnica. Finalmente, fue incapaz de tomar por asalto la propia Cartago y no pudo sacar partido suficiente de sus tropas libias, que se habían amotinado, para debilitarla de manera definitiva. Una vez abandonado su ejército, Agatocles regresó a Siracusa desde la que controló la mayor parte de Sicilia hasta su muerte acaecida el 289. Inicialmente, la intervención de Pirro en la isla detuvo el renaciente poder de Cartago, pero fracasó en su intento de alcanzar resultados a largo plazo cuando sus aliados se volvieron contra él y los cartagineses derrotaron su flota el 276. Durante la guerra contra Roma, Cartago dominaba claramente toda la parte sur y oeste de Sicilia.⁴

4. Picard y Picard (1987), pp. 56-124; Lancel (1995), pp. 78-102.

En el siglo v, el poder de Cartago había aumentado continuamente en la propia África, quizás animada, en parte, por los fracasos en Sicilia. La ciudad puso fin al pago de subsidios exigidos por los mandatarios locales libios y empezó a controlar a las restantes ciudades fenicias de la zona, en especial Hadrumetum y Útica. A mediados de siglo, las flotas cartaginesas llevaron a cabo grandes viajes exploratorios a lo largo de las costas del norte de África, sobrepasando el estrecho de Gibraltar y avanzando cientos de millas por toda la costa oeste. De manera más permanente, esto condujo al establecimiento en África de asentamientos de enclaves comerciales más alejados, mientras que continuaron desarrollándose las colonias en España. El control de todos estos puestos avanzados en posiciones costeras claves (pues los asentamientos cartagineses estaban siempre emplazados alrededor de buenos puertos), unido al poderío de la flota púnica, le proporcionaron a la ciudad el control sobre las rutas comerciales más importantes del Mediterráneo Occidental. Sus mercaderes comerciaban por todas partes en las condiciones más favorables, mientras que quienes poseían una nacionalidad diferente pagaban impuestos y peajes que enriquecieron aún más las arcas de la ciudad. La enorme riqueza de Cartago se reflejaba en el continuo crecimiento de la ciudad y en el esplendor de sus murallas y edificios. Los restos de las nuevas zonas de la ciudad presentan pruebas de haber sido levantadas a partir de un plan organizado claro, siguiendo, aunque de una manera no tan rígida, la planificación urbana helenística más avanzada del momento.⁵

El comercio no era la única fuente de la prosperidad de la ciudad. Es importante no olvidar que la riqueza de Cartago procedía también de una base agrícola altamente organizada y efectiva. El *Manual agrario* escrito por un noble cartaginés, de nombre Mago, datado seguramente a finales del siglo iv, iba a tener más tarde una influencia enorme en el resto del mundo cuando se tradujo al griego y al latín después del 146. Mago escribió sobre los métodos de gestión de una gran propiedad donde laboraban, al menos en parte, trabajadores en régimen de servidumbre, complementados con campesinos libios. Allá por el año 300, los cartagineses controlaban de manera directa más o menos la mitad del territorio de lo que en la actualidad es Tunicia, siendo la mayor parte propiedad de la nobleza. Ésta constituía una aristocracia terrateniente igual a la elite gobernante de otras ciudades, incluida Roma. La tierra era fértil (mucho más que hoy), el clima favorable y su productividad presagiaba ya aquella época en que las provincias africanas se convertirían en los enormes graneros del Imperio romano. Estas fincas producían vastas cantidades de cereal y, especialmente, de unos frutales por los que África era famosa, tales como vides, higueras, olivos, almendros y granadas. Es de suponer que, cuan-

5. Sobre la exploración y la colonización, véase Picard y Picard (1987), pp. 91-100; Lancel (1995), pp. 100-109; para la Neápolis de la Cartago del siglo iv, pp. 141-142.

do desembarcaron en África, las tropas de Agatocles quedarían maravilladas por la fertilidad de las granjas cartaginesas. Éstas, además de abastecer las necesidades de la ciudad, proporcionaban también elevados excedentes para la exportación.⁶

El año 300, la tierra que dominaba Cartago era significativamente mayor que el *ager Romanus* (es decir, que las tierras pertenecientes a los romanos), y competía con éste y con los territorios de los aliados de Roma juntos. Seguramente, su producción era bastante superior, puesto que la mayor parte de la tierra de Italia estaba constituida por suelos más pobres. No obstante, los beneficios de esa riqueza agrícola no eran compartidos y los disfrutaban mayoritariamente los mismos cartagineses y en su mayor parte los nobles. Cartago era reacia a extender la ciudadanía y los derechos políticos a las gentes de las áreas que iba dominando. Los ciudadanos de las comunidades cartaginesa y fenicia disfrutaban de una situación privilegiada, lo mismo que el pueblo de raza mezclada conocido por los griegos como los libio-fenicios, pero otros permanecieron de forma evidente como aliados subordinados o como súbditos. De esta manera, la extensión de la hegemonía púnica sobre África, España, Sicilia y Cerdeña no significó un aumento paralelo del cuerpo de ciudadanos cartaginés. Parece que la población libia de las explotaciones agrícolas más importantes estaba ligada a la tierra y apenas disponía de libertad. Las comunidades libias aliadas con Cartago disfrutaban de cierta autonomía interna, pero se encontraban claramente subordinadas a la voluntad púnica. Mientras tenía lugar la Primera Guerra Púnica, otros grupos de soldados cartagineses se hallaban comprometidos en una dura guerra para conquistar algunas comunidades libias. Firmada la paz con Roma, cuando los soldados mercenarios de Cartago se amotinaron y se volvieron contra ella, recibieron rápidamente el apoyo de numerosas comunidades libias. Otros aliados, como los reinos nómadas de África, disfrutaban de una mayor o menor autonomía, pero obtuvieron escasos beneficios por formar parte del imperio cartaginés, al que satisfacían impuestos y por el que, muy a menudo, se veían obligados a luchar como soldados.

En su origen, Cartago había sido una monarquía, cuyo reino poseía un carácter fuertemente religioso, pero allá por el siglo III, los principales funcionarios con poderes ejecutivos del Estado eran los dos *sufetes* elegidos anualmente. No se sabe con certeza si ese cargo se desarrolló a partir de la monarquía o si sustituyó a aquélla, pero el uso griego de la palabra *basileus* (rey) para referirse a esa magistratura hace pensar en una posible relación. La naturaleza de la monarquía púnica ha sido profundamente debatida por los estudiosos, aunque es probable que se tratara de un cargo electivo. La riqueza era tan importante como los méritos en la elección de los *sufetes*, que detentaban el poder supremo tanto civil como religioso, pero no actuaban como mandos militares.

6. Lancel (1995), pp. 269-288; Agatocles, *Diodorus Siculus* 20.8.3-4.

Un denominado Consejo de los Treinta Ancianos (o *gerousia*) actuaba con capacidad consultiva, y había otro tribunal, el Consejo de los Ciento Cuatro, que se encargaba de supervisarle y del que probablemente procedía aquél. Si los *sufetes* y los Ancianos estaban de acuerdo en la ejecución de una acción, tenían capacidad para llevarla a cabo. Si no conseguían alcanzar un acuerdo, entonces se presentaban las propuestas ante la Asamblea del Pueblo para decidir sobre el asunto. En esas reuniones, a ningún ciudadano le estaba permitido presentar contrapropuestas. Es evidente que un número relativamente pequeño de familias nobles dominaba el Consejo y que seguramente monopolizaba el cargo de *sufete*. Los detalles sobre la política interior de la ciudad están bastante menos claros, y aunque contamos con vagas alusiones a disputas y a la existencia de facciones, es imposible describirlas con cierta precisión. Los filósofos griegos, en especial Aristóteles, elogiaban a Cartago por poseer una constitución equilibrada que combinaba elementos de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia, lo que permitía evitar la crónica inestabilidad que constituía la principal debilidad de la mayoría de los Estados griegos. Ciertamente, parece que Cartago fue muy estable, aunque es difícil afirmar si los griegos entendieron o no la verdadera razón de ello, y su régimen benefició enormemente a los ciudadanos y, por encima de todo, a los poderosos.⁷

El sistema militar cartaginés

Los reinos helenísticos del Mediterráneo Oriental contaban con ejércitos organizados siguiendo estrechamente el modelo impuesto por Filipo y Alejandro. Estaban formados por soldados profesionales reclutados entre un grupo relativamente pequeño de ciudadanos instalados en colonias militares. El núcleo de cada ejército era la falange, constituida por infantes armados de picas y altamente adiestrados, y que se apoyaba en una caballería de choque, aunque muy pocos eran capaces de situarlos sobre el teatro de operaciones como lo habían hecho aquéllos, por ejemplo, Alejandro. Estos soldados, bien entrenados y disciplinados, eran muy efectivos, pero era muy difícil que los reinos sustituyeran las enormes bajas de manera rápida. La frecuencia con que esos reinos luchaban entre sí aseguraba que, muy a menudo, los ejércitos operaran contra fuerzas enemigas compuestas por los mismos elementos básicos y que luchaban de una manera similar. No fue una coincidencia el que esos ejércitos comenzaran a experimentar con elementos tan inusuales como la caballería con cotas de malla, los elefantes de guerra y los carros armados de cuchillas, tratando así de alcanzar cierta ventaja sobre enemigos de similares caracterís-

7. Contrastan las opiniones de Picard y Picard (1987), pp. 125-181, con la visión más actualizada de Lancel (1995), pp. 111-121.

ticas. Los estudios sobre teoría militar, que empezaron a aparecer durante el siglo IV, consiguieron una enorme difusión en el III. El propio Pirro escribió una obra sobre el generalato, aunque desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros. Esta literatura teórica trata, por encima de todo, de las expectativas bélicas entre parecidos ejércitos helenísticos. No obstante, ninguno de los involucrados en las Guerras Púnicas se ajusta del todo a ese modelo.⁸

Cartago contaba con un muy escaso cuerpo de ciudadanos y casi desde el comienzo de su historia abandonó la práctica de confiar en soldados ciudadanos para formar el grueso de sus ejércitos, no estando dispuesta a arriesgarse a sufrir un gran número de bajas en ese grupo. Los ciudadanos solamente estaban obligados a ejercer el servicio militar para defender a la propia ciudad en caso de existir una amenaza directa. Cuando se situaban en el teatro de operaciones lo hacían con un orden cerrado de infantería, luchando en formación de falange y armados con escudos y largas lanzas, pero su efectividad militar era pobre, seguramente como resultado de su inexperiencia. El año 309, Agatocles derrotó a un ejército mucho más numeroso, en el que se incluía un contingente de lanceros ciudadanos, y su participación en los dos primeros conflictos contra Roma no fue particularmente buena.

Parece ser que en la marina sirvió un número más elevado de ciudadanos cartagineses, aunque debemos admitir que nuestras pruebas sobre el reclutamiento de marineros son muy escasas. Al contrario que los ejércitos, que tendían a ampliarse durante los conflictos y se disolvían a su fin, la marina cartaginesa contaba con una situación de continuidad, puesto que existía la necesidad permanente de proteger las rutas comerciales que trasladaban tanta riqueza a la ciudad. El famoso puerto naval circular de Cartago tenía rampas que funcionaban como amarres para unos ciento ochenta navíos, así como todos los elementos necesarios para su mantenimiento. Las excavaciones llevadas a cabo en el puerto datan aquéllas muy a principios del siglo II, aunque no hay pruebas concluyentes y es posible que en esa época se hubiera llevado a cabo su reconstrucción. Incluso aunque el primitivo puerto naval no estuviera ubicado en esa zona es posible que se hubiera construido siguiendo un modelo parecido al primitivo, pero a mayor escala. No creemos que la flota completa estuviera tripulada y dispuesta a entrar en servicio excepto en tiempos de guerra. No obstante, una flota eficiente sólo podía mantenerse si las tripulaciones se ejercitaban regularmente en la mar, lo que nos lleva a pensar que, quizás, se mantuvieran en servicio permanente escuadras de gran tamaño. También es posible que la mayor parte de los ciudadanos más pobres obtuvieran su medio de vida sirviendo como remeros en la flota. Si eso es así, debieron haber contribuido en buena medida a la estabilidad política de la ciu-

8. Sobre el manual perdido de Pirro, véase Plutarco, *Pyrrhus* 8; sobre la manera de hacer la guerra helenística en general, véase F. Adcock, *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley, 1957.

dad, ya que los pobres desempleados y endeudados en otras ciudades se inclinaban con frecuencia a dar apoyo a los líderes revolucionarios con la esperanza de mejorar su propia situación desesperada.⁹

La inexistencia de una fuerza ciudadana suponía que el ejército cartaginés estuviera formado sobre todo por soldados extranjeros. Los libios suministraban los que, con bastante seguridad, podían considerarse elementos más seguros y disciplinados de la mayoría de los ejércitos. Las formaciones cerradas de su infantería iban provistas de un equipo compuesto por largas lanzas y escudos redondos u ovalados; también llevaban cascos y probablemente protecciones de paño grueso. La caballería libia componía también una tropa rigurosamente ordenada, armada con picas puntiagudas, preparada para realizar cargas controladas y por sorpresa. Quizás fueron también los libios quienes aportaron un tipo de infantes especialmente preparados para un combate de escaramuzas, los *lonchophoroi* de Polibio, armado cada uno de ellos con un pequeño escudo y un haz de jabalinas. Los reinos nómadas eran célebres por su magnífica caballería ligera, que cabalgaba sus pequeñas monturas sin bridas ni sillas y que devastaba al enemigo mediante una lluvia de jabalinas, evitando el combate cuerpo a cuerpo, a menos que las condiciones estuvieran absolutamente a su favor. El ejército nómada incluía asimismo una infantería para llevar a cabo escaramuzas, equipada con jabalinas y con el mismo escudo redondo de la caballería, y es muy probable que también se enviaran contingentes de esas tropas a las fuerzas púnicas. Procedentes de España venían fuerzas de infantería ligera y pesada, cuya vestimenta habitual la constituía una túnica blanca de borde púrpura. La infantería pesada (los *scutati*) entraba en combate formando una densa falange, transportaban un largo escudo que protegía todo el cuerpo e iban armados con una pesada lanza arrojada y una espada, el mismo tipo de arma corta y afilada que serviría de modelo al *gladius* romano o a la curva y cortante *falcata*. La infantería ligera (los *caetrati*) portaban un pequeño escudo redondo y varias jabalinas. La infantería gala entraba en combate en formación cerrada y llevaba escudos y jabalinas, pero confiaba sobre todo en sus largas y afiladas espadas. Tanto los españoles como los galos aportaban también contingentes de caballería con buenas monturas y muy bravos, aunque indisciplinados, cuya táctica fundamental consistía en el ataque en tromba haciendo uso de toda su energía. Las armaduras corporales eran muy poco frecuentes entre las tribus europeas, y los cascos sólo algo más comunes. Los autores clásicos consideraban a los guerreros de estas naciones como muy feroces en la primera carga, pero que se cansaban fácilmente y eran propensos a perder su impulso inicial si las co-

9. Sobre la construcción de barcos y la guerra naval, véase el capítulo 5; para el puerto de Cartago, véase Lancel (1995), pp. 172-178; H. Hurst, «Excavations at Carthage, 1977-1978», *Antiquaries' Journal*, 59 (1979), pp. 19-49.

sas no iban rápidamente como querían. Había bastante de cierto en esta afirmación pero, en otras ocasiones, esas tropas demostraban ser mucho más inquebrantables de lo que permitiría hacer creer ese estereotipo.¹⁰

Nuestras fuentes hablan sobre todo de los componentes de los ejércitos cartagineses como si se tratara de grupos nacionales. Era probable que solamente un destacamento muy pequeño de un ejército en batalla se encontrara compuesto por miembros de una sola nacionalidad, y algunos ejércitos se hallaban muy mezclados. Por lo general, se tenía muy en cuenta el no confiar demasiado en los indígenas en el campo de operaciones por miedo a las defecciones y las deserciones. Antes de su expedición italiana, Aníbal mandó un gran contingente de tropas españolas a África, sustituyéndolas por unidades que se habían creado allí. El alto mando cartaginés constituía la única fuerza unificada de cada uno de los ejércitos.¹¹

De una manera convencional, se suele describir a los ejércitos púnicos como compuestos por mercenarios, pero eso supone llevar a cabo una crasa simplificación, puesto que esas fuerzas incluían soldados procedentes de muchos lugares y con una muy variada motivación. Algunos contingentes no recibían una remuneración, sino que los proporcionaban reinos u otros Estados aliados como una parte de sus obligaciones contractuales. Ése parece haber sido siempre el caso de los reinos nómadas, cuyas familias reales disfrutaban de excelentes relaciones con las familias nobles cartaginesas, vínculos que se estrechaban a veces mediante alianzas matrimoniales. Los contingentes nómadas eran generalmente dirigidos por sus propios príncipes. De manera parecida, muchos de los pueblos hispanos y galos estaban aliados de manera formal con Cartago, se hallaban organizados por contingentes exactamente iguales a sus propios ejércitos tribales y eran comandados por sus propios caudillos. Una vez más, aparecen indicios de que los dirigentes púnicos mantenían estrechas conexiones con la aristocracia nativa, permitiéndoles quizás que hicieran uso de las tradicionales pautas de lealtad. Es seguro que Asdrúbal contrajo matrimonio con una princesa española y es posible que Aníbal también lo hiciera. Está claro que la lealtad de los pueblos españoles se centró más en la familia de los Barca que en la lejana Cartago. Posteriormente, esos pueblos (y de manera parecida) se sentirían más ligados a los Escipio-

10. *Lonchophoroi*, por ejemplo, Polibio 3.72.3, 83.3, 84.14; una exposición a propósito de las pobres evidencias sobre los ejércitos púnicos, en J. Lazenby, *Hannibal's War*, Warminster, 1978, pp. 14-16; un interesante estudio sobre los contingentes galos, españoles y de otras tribus en el ejército de Aníbal, en L. Rawlings, «Celts, Spaniards and Samnites: Warriors in a Soldier's War», en T. Cornell, B. Rankov y P. Sabin, *The Second Punic War. A Reappraisal*, British Institute of Classical Studies Supplement 67, Londres, 1996, pp. 81-95. D. Head, *Armies of the Macedonian and Punic Wars*, trata de reconstruir el equipo y la organización púnicos con cierto detalle, pero muchas de sus conclusiones no son más que conjeturas.

11. Intercambio de tropas en 218, en Polibio 3.33.5-16. Nótese las dificultades de comunicación entre los componentes del ejército rebelde en la guerra mercenaria, en Polibio 1.67.3-13, 69.9-13.

nes que a Roma, sublevándose cuando llegaron rumores de que Escipión Africano había abandonado España.¹²

No sabemos con exactitud cómo se formaban las unidades libias. Seguramente algunas tropas las proporcionaban ciudades aliadas, de manera similar a lo que sucedía con los númidas. Es posible que otras hayan sido formadas por campesinos reclutados en las grandes explotaciones agrícolas cartaginesas. Más tarde, esa zona demostraría ser un área de reclutamiento muy fértil para el Imperio romano. Incluso las tropas claramente contratadas como mercenarias no se reclutaban todas de la misma forma. En algunos casos, a esos hombres se les contrataba en grupo, después de que un líder o un caudillo ofreciera sus propios servicios y los de su banda a cambio de cierta cantidad de dinero. El líder recibía el pago a sus servicios y, a continuación, ayudaba y distribuía la recompensa entre sus seguidores como haría cualquier caudillo. En las sociedades tribales europeas existía una arraigada tradición de guerreros que buscaban entrar en servicio con los jefes a los que apoyaban y que les proporcionaban riqueza y gloria, puesto que una buena reputación marcial estaba muy valorada allí donde se la pudiera conseguir. El vínculo entre tales capitanes y sus seguidores era intensamente personal. Luchaban por él y lucharían igualmente felices con o contra Cartago de acuerdo con la elección de su líder. Se comenta el caso de un grupo de galos dirigidos por un caudillo que sirvieron a varios señores de manera sucesiva y demostraron una dudosa lealtad hacia cada uno de ellos. La lealtad de tales soldados debe haber sido significativamente diferente a la de los hombres que habían sido reclutados directamente y a quienes pagaban los líderes cartagineses sin la presencia de intermediarios. Presumiblemente, algunas unidades del ejército, en especial aquellas que incluían desertores romanos e italianos y esclavos fugitivos, estaban formadas por nacionalidades mixtas.¹³

Nuestras fuentes raramente hacen referencia a la organización de los diferentes contingentes que formaban los ejércitos cartagineses, sino que nos indican sencillamente cuál era la nacionalidad de cada uno; por tanto, no está nada claro si las tropas se organizaban según unidades de un número determinado. Livio hace referencia a una unidad de caballería de quinientos númidas, pero quizás se tratara simplemente de un contingente y no existe indicación alguna de que esos hombres de caballería actuaran como unidades regulares. Otro pasaje menciona un grupo de infantería formado por quinientos libios en Sagunto, en el 218, y también oímos hablar de dos mil galos divididos en tres grupos o unidades en la toma de Tarento, en el 212, aunque no sabemos si se trataba de una organización permanente o temporal. Generalmente, las tropas

12. Alianzas matrimoniales entre aristócratas púnicos y la realeza númida, por ejemplo, en Polibio 1.78.1-9, Livio 29.23.2-8; en España, *DS* 25.12, Livio 24.51.7, Silio Itálico 3.97, 106.

13. Los galos de Autariato, en Polibio 2.7.6-11.

galas y, a veces, las españolas luchaban formando contingentes tribales, cada uno con sus propios líderes, de la misma manera en que lo harían si hubieran tenido que defender a sus propias gentes. No obstante, en Cannas, el núcleo fundamental del ejército de Aníbal lo constituían unidades alternas españolas y galas, rompiendo de manera clara con cualquier estructura de pueblo que tuvieran. Polibio usa uno de los términos que también emplea para el manípulo romano de entre ciento veinte y ciento sesenta hombres, y el mismo término lo utilizaron autores posteriores para referirse a la cohorte de cuatrocientos ochenta hombres de los ejércitos de finales de la República y del Imperio. Eso nos lleva a pensar que tales «compañías» las constituían algunos cientos de hombres, en cualquier caso, bastante menos del millar.¹⁴

Por lo general, esta mezcla de contingentes de distintas nacionalidades proporcionaban a los ejércitos cartagineses un buen equilibrio entre diferentes tipos de tropas, con una infantería y una caballería a la vez de orden cerrado y disperso. La mayor parte de esos contingentes poseían una elevada calidad, aunque su sentido de la disciplina variaba considerablemente. Era extraño que esas tropas, tanto si servían como aliadas o como mercenarias, lucharan sin entusiasmo, y los motines no eran comunes. Un elemento adicional lo proporcionaba el uso regularmente frecuente de elefantes de guerra, que provocarían el pánico entre unos enemigos no habituados a ellos. Los elefantes empleados eran probablemente del bosque africano, algo más pequeños que los indios, pero más dóciles de adiestrar que los africanos de la actualidad. El elefante era el arma principal, usando su tamaño y su fuerza para aterrorizar o destruir a los contrarios, pero los ejércitos helenísticos montaban también torres sobre lomos de animales, desde las que un grupo arrojaba o disparaba proyectiles. No existe ninguna prueba directa que nos indique si esos elefantes púnicos también cargaban torres, pero el relato que nos hace Polibio sobre la batalla de Rafia, el 217, indica que la especie africana era muy capaz de transportar una carga complementaria. El principal peligro de los elefantes era que ellos mismos podían llegar a aterrorizarse arrollando, entonces, tanto a amigos como a adversarios de manera indiscriminada. Se dice que Asdrúbal equipaba a los conductores o cuidadores con un martillo y una cuchilla en forma de cincel, para que la clavaran en el espinazo del animal hasta matarlo si amenazaba con realizar una estampida hacia las tropas propias.¹⁵

Los mandos cartagineses contaban generalmente con fuerzas bien equilibradas a su disposición, pero la dificultad residía en la coordinación de movimientos de elementos tan dispares. Las órdenes transmitidas en púnico debían traducirse a varios idiomas para que pudieran ser comprendidas por los

14. 500 númidas, en Livio 26.38.11-14; libios en Sagunto, en Livio 21.11.8; galos en Tarento, Polibio 8.30.1; *speirai* en Cannas, en Polibio 3.114.4, *cf.* 6.24.5.

15. Sobre los elefantes de guerra en general, véase H. Scullard, *The Elephant in the Greek and Roman World*, Londres, 1974; sobre Rafia, véase Polibio 5.84.2-7.

soldados. Los magistrados cartagineses, por ejemplo los *sufetes*, no detentaban el mando militar. En su lugar, se nombraban generales, aunque no quede precisamente claro por quién, y, por lo común, detentaban el mando de una forma semipermanente hasta que eran sustituidos, o dependían de la duración del conflicto. Aunque los magistrados no ejercían, está claro que los mandos procedían de la misma clase social de quienes ocupaban aquellos cargos y no hay razón alguna para creer que fuese la capacidad, más que las conexiones familiares y que la riqueza, la principal razón de su selección. Durante la Primera Guerra Púnica, los cartagineses continuaron su tradicional trato riguroso con los mandos que fracasaban, hasta el punto de que varios hombres fueron crucificados por su incompetencia. En algunos casos se les impuso este castigo cuando perdieron la confianza de los oficiales púnicos más antiguos bajo su mando.

No obstante, la larga duración de los mandos que se les concedía significaba que fueron numerosos los jefes cartagineses que alcanzaron una experiencia dilatada. Cuanto más tiempo conseguían conservar el mando de un ejército, más eficientes tendían a volverse. De manera gradual, los distintos elementos que componían aquél empezaban a acostumbrarse a operar de manera conjunta, sus jefes y el comandante supremo comenzaban a estar familiarizados unos con otros y, al menos hasta cierto punto, acababan por comprender sus lenguas. El ejército que condujo Aníbal hacia Italia el 218 fue, probablemente, el mejor de los que situó sobre un teatro de operaciones. Su eficacia era, en parte, producto de la capacidad de jefatura de su jefe supremo, pero aún fue más el resultado de largos años de dura campaña en España bajo el liderazgo de Amílcar, de Asdrúbal y del propio Aníbal. Durante ese tiempo se desarrolló la estructura de mando hasta alcanzar un elevado nivel, y eso, unido a su disciplina de marcha y a la capacidad de maniobra, le convertían en netamente superior a las fuerzas romanas enviadas contra él. La alta calidad de ese ejército, en cuyo entorno era fácil que se incorporaran aliados galos y, posteriormente, italianos, permitió que el genio de Aníbal deslumbrara a sus enemigos en campañas abiertas.

El de Aníbal no era el típico ejército cartaginés. No obstante, debemos poner en duda que pudiera existir algo así, pues cada fuerza púnica era única. No poseemos indicio alguno de que todos los generales trataran de conseguir el control y dirigieran sus fuerzas de igual forma. Su relación con los distintos contingentes nacionales variaba. Cada ejército tomado a nivel individual fue desarrollando gradualmente medios para llevar a cabo un trabajo conjunto. Contingentes recién llamados a filas fracasaban a menudo en la coordinación eficaz de sus acciones sobre el campo de batalla. De manera parecida, incluso ejércitos experimentados tenían problemas cuando debían actuar de común acuerdo. En Zama, el ejército de Aníbal incluía tropas reclutadas por tres mandos distintos en momentos diferentes. Durante la batalla se mantuvieron

como cuerpos claramente diferenciados y fracasaron en prestarse apoyo unos a otros de manera positiva.¹⁶

Los cartagineses podían reclutar con gran rapidez a un buen número de mercenarios y de contingentes aliados, ya que solían disponer de recursos económicos suficientes para hacerlo. Habitualmente, la calidad de los soldados tomados a título personal y de los contingentes contratados de esa forma era buena. No obstante, tuvo que pasar cierto tiempo y bastante dedicación para convertir tales fuerzas en ejércitos eficaces. Eso significaba que un ejército experimentado era algo muypreciado, difícil de sustituir y, por tanto, no lo podían poner en peligro a la ligera. Cartago no tenía capacidad para reunir en el campo de batalla un número de tropas en la misma cantidad en que lo hacían los romanos. Por otra parte, la dificultad para sustituir un ejército escogido y experimentado significaba, a menudo, que los generales púnicos se aproximaran a las campañas con mayores precauciones; esos mismos generales solían ser, con muy pocas excepciones, bastante menos agresivos que sus colegas romanos.

Roma

La tradición posterior sostiene que Roma fue fundada el año 753. Han circulado numerosas historias sobre este acontecimiento, pero la más popular nos dice que Rómulo y Remo, los hijos gemelos de Marte, fueron criados por una loba. Rómulo fundó la ciudad, pero mató a su hermano en un arrebato de cólera cuando este último ridiculizó sus planes. Jefe de bandidos, cuyos seguidores eran vagabundos y proscritos, obligó a raptar mujeres de los vecinos sabinos cuando deseaban esposas; Rómulo fue el primero de los siete reyes de Roma, el último de los cuales fue expulsado el 509 cuando se fundó la República. Es imposible asegurar que haya algo de cierto en todos estos mitos. Ciertamente, en una primera fase Roma fue una monarquía, y la República se instauró probablemente sobre la fecha tradicionalmente aceptada. Los restos arqueológicos nos muestran un asentamiento en esa área desde el siglo X, pero los poblados de la zona no se unen para formar algo que podríamos llamar ciudad hasta el VI. El lugar era muy bueno, situado en un punto natural de cruce sobre el río Tíber y rodeado de colinas que ofrecían excelentes posiciones de defensa. Se encuentra también en el centro de varias importantes rutas comerciales, en especial la *via Salaria*, o camino de la sal, que iba desde la costa hasta el centro de Italia. De forma gradual, Roma emergió como la más importante ciudad del Lacio, cabeza de la Liga Latina. Se las ingenió para soportar la embestida de los pueblos de lengua osca de los Apeninos, que se extendieron rápidamente por la mayor parte de la Italia central e invadieron la

16. Véase el capítulo 12.

LOS BANDOS EN CONFLICTO



MAPA 3. *La Península Itálica.*

Campania a finales del siglo V y principios del IV, y de las tribus galas que, simultáneamente, ejercían presión desde el norte. El 390, un ejército romano fue derrotado a orillas del río Allia y la ciudad saqueada por una banda de galos, pero ese hecho prácticamente no supuso un daño permanente y la interrupción del crecimiento de Roma fue sólo temporal.

El 338, la última gran rebelión contra Roma por parte de otras ciudades latinas se vio frustrada después de dura lucha. Como consecuencia de ese conflicto, el asentamiento romano estableció el modelo para provocar la acelerada absorción del resto de Italia. Confiscó parte del territorio y lo utilizó para establecer en él colonias de ciudadanos romanos y latinos. A numerosas familias nobles de la Campania, que se habían mantenido leales a Roma, se les otorgó la nacionalidad y se incorporaron a la elite dominante romana. Quedó abolida la Liga Latina y los romanos no negociaron con las ciudades derrotadas de manera colectiva, sino que formaron una alianza separada con cada una de esas comunidades. Cada ciudad se encontraba ahora directamente unida a Roma y estaba obligada a proporcionarle soldados para servir en sus ejércitos. El *status* de tales comunidades venía definido claramente por ley, hasta el punto de que algunas recibieron la nacionalidad romana plena, otras la nacionalidad en todos los aspectos, excepto el derecho a ocupar cargos o a votar en Roma (*civites sine suffragio*), mientras que otros continuaron siendo ciudadanos latinos, pero se les concedía el derecho a contraer matrimonios mixtos y a comerciar con los ciudadanos romanos. La mayor parte de la Campania recibió la nacionalidad plena y las fértiles tierras de esa zona se añadieron en gran parte a la prosperidad de Roma. El 312 empezó la construcción de la *via Appia*, la primera gran carretera romana, que conducía desde Roma hasta Capua, proporcionando así una unión física con el nuevo territorio.¹⁷

La voluntad romana de extender su ciudadanía fue un hecho único en el mundo antiguo y un factor clave en su éxito posterior. Al contrario de lo que sucedía en otras ciudades, los esclavos liberados en Roma recibían la plenitud de derechos y, allá por el siglo III, numerosos miembros de su población, incluidas algunas familias senatoriales, podían contar a libertos entre sus antepasados. El talento de Roma consistió en absorber a muchos otros y convertirlos en leales a ella. Por primera vez, el asentamiento del 338 extendió la plena ciudadanía a comunidades que no eran de latinohablantes nativos. Las ciudades aliadas perdieron su independencia política, aunque continuaron dirigiendo sus propios asuntos internos, pero salieron beneficiadas gracias al vínculo que mantenían con Roma. Sus soldados eran reclutados para que lucharan en las guerras de Roma, pero también se beneficiaban de los botines obtenidos en las consiguientes victorias. Los ciudadanos latinos, al igual que

17. Un buen estudio reciente sobre la primera época de la historia romana es el de T. Cornell, *The Beginnings of Rome*, Londres, 1995.

los romanos, eran incluidos casi siempre en las colonias establecidas en las tierras conquistadas. A finales del siglo IV y principios del III, la expansión romana recibió su mayor impulso. Al margen de algunos desastres, especialmente el de las Horcas Caudinas, en 321, cuando un ejército de Roma se rindió a los samnitas, los romanos derrotaron a samnitas, etruscos y galos. Fueron sometidas las ciudades de la Magna Grecia —la «Grecia Mayor», fuertemente colonizada por comunidades helénicas—, a pesar de la intervención del rey Pirro de Épiro, que salió en defensa de la ciudad de Tarento. El moderno ejército de Pirro, con su falange de lanceros, formada por soldados profesionales, y sus elefantes de guerra, infligió dos serias derrotas a los ejércitos romanos pero, finalmente, aquél fue vencido. Lo especialmente notable en todo ese conflicto fue el rechazo de los romanos a negociar con Pirro después de las victorias de éste, lo que constituyó ciertamente una sorpresa para el rey de Épiro, quien esperaba que todas las guerras finalizaran con un acuerdo de paz negociada, según era la norma en el mundo helenístico. Roma continuó su expansión, transformando a los enemigos derrotados en aliados leales, pero claramente subordinados. A medida que iba expandiéndose, así lo hacía también su población que, unida a la de sus aliados, le proporcionaba enormes recursos militares, muy superiores a los de Cartago.¹⁸

El número de ciudadanos romanos se fue incrementando paulatinamente y, hacia el siglo III, eran muchos quienes vivían a gran distancia de Roma, pero la vida política del Estado se dirigía por entero desde la ciudad. El ciudadano podía votar o presentarse para ocupar un cargo sólo cuando se encontraba físicamente en Roma. Había tres asambleas importantes mediante las que el pueblo de Roma expresaba su voluntad colectiva. Los *Comitia centuriata* votaban para declarar la guerra o aceptar un tratado de paz, y elegían a cónsules, pretores y censores, es decir, a los magistrados más importantes del Estado. Los *Comitia tributa* elegían a la mayor parte de los magistrados inferiores y tenían capacidad para aprobar leyes. El *Concilium plebis* era muy similar, pero excluía a los miembros de la clase patricia numéricamente pequeña. En esas asambleas, el pueblo sólo podía votar a favor o en contra de una propuesta, y no había oportunidad alguna para emprender un debate o para que un ciudadano ordinario presentara una contrapropuesta. En todas ellas tendían a predominar las opiniones de los ciudadanos ricos. Esto era especialmente cierto en el caso de los *Comitia centuriata*, donde la estructura de voto se basaba en una organización militar arcaica. Los ciudadanos más prósperos votaban primero y tenían unos pocos miembros en cada grupo de votación o centuria, de la misma manera en que, en otro momento, habían engrosado las filas de la caballería y de la infantería pesada, que eran quienes desempeñaban

18. Sobre este periodo, véase Cornell (1995), pp. 345-368, y S. Oakley, «The Roman Conquest of Italy», en J. Rich y G. Shipley, *War and Society in the Roman World*, Londres, 1993, pp. 9-37; sobre la negativa a negociar con Pirro, véase Plutarco, *Pyrrhus* 18-20.

el papel más destacado en tiempos de guerra. La clase superior de la antigua infantería pesada, junto con la aún más poderosa caballería, totalizaba ochenta y ocho de las ciento noventa y tres centurias que componían la asamblea, no muy lejos de conseguir la mayoría. No deja de ser importante recordar que el apoyo popular, con mucho el más importante en las elecciones consulares, significaba siempre que un hombre contaba con el apoyo del grueso de los ciudadanos prósperos de Roma y no únicamente de los pobres. Los diez tribunos de la plebe habían sido creados originalmente para defender a los plebeyos ante la aristocracia y, en especial, ante la opresión patricia; pero, por aquel entonces, eran normalmente jóvenes senadores que se encontraban en la primera fase de sus carreras. Potencialmente, los poderes de ese cargo eran considerables, puesto que presidían el *Concilium plebis* ante el que podían presentar mociones. Los tribunos poseían también el derecho a vetar cualquier medida presentada por otro magistrado, aunque fuera de la clase superior.

Las asambleas no debatían ningún tema y sólo se las convocaba cuando su voto era imprescindible. El Senado era el consejo permanente que discutía los asuntos de Estado y aconsejaba a los magistrados. Estaba formado por alrededor de trescientos miembros, y contaba entre sus filas a los censores, dos senadores principales elegidos cada cinco años para revisar el censo de los ciudadanos. Muchos de ellos eran antiguos magistrados y todos debían poseer sustanciales riquezas, pero los censores tenían una capacidad considerable para añadir o eliminar nombres del registro senatorial. Los decretos del Senado no tenían fuerza de ley y debían ser ratificados por el pueblo, pero su permanencia continua les aseguraba el papel dominante en política exterior, recibiendo embajadas extranjeras y eligiendo a los embajadores romanos entre sus propias filas. Cada año, el Senado decidía dónde enviar a los principales magistrados, asignándoles «provincias» que, en ese momento, constituían esferas de responsabilidad más que fundamentalmente zonas geográficas. También les fijaban los recursos militares y financieros, estableciendo el tamaño y la composición de cada ejército para entrar en campaña, y tenían capacidad para ampliar la autoridad de un magistrado por un año más, aunque se trataba de una práctica poco común con anterioridad a las Guerras Púnicas.

El Senado era permanente, sus miembros bastante estables, pero los principales funcionarios ejecutivos del Estado eran magistrados elegidos anualmente. Los más importantes de todos ellos eran ambos cónsules, de quienes se suponía que debían hacer frente a los temas más importantes del Estado durante sus doce meses en el cargo, tanto si se trataba de redactar leyes como de dirigir un ejército en el campo de batalla. Su papel militar era especialmente importante, dada la frecuencia con la que Roma entraba en guerra. Las provincias asignadas a los cónsules eran siempre un indicativo de las prioridades militares del momento, puesto que se esperaba que les asignaran a los principales enemigos. En contadas ocasiones, cuando se enviaba a ambos cónsules

a luchar contra un único enemigo, era un claro síntoma de que se debía realizar un esfuerzo masivo contra una amenaza especialmente peligrosa. A lo largo de la duración de su cargo, los cónsules y los demás magistrados recibían el *imperium*, el poder de mandar a los soldados romanos y de impartir justicia. El *imperium* venía simbolizado por el séquito o lictores, que acompañaban a los magistrados, y que llevaban los *fascēs*, un hacha envuelta por una serie de varas, con los que se indicaba que el poseedor tenía capacidad de decretar la pena capital y el castigo corporal. Un cónsul iba escoltado por doce lictores, la mayor parte de ellos magistrados inferiores.

A pesar de que los cónsules actuaban como los principales mandos militares de Roma, no eran soldados profesionales. En Roma, la carrera política combinaba tanto cargos militares como civiles. Antes de ejercer algún cargo, un hombre tenía que haber servido durante diez campañas en el ejército, posiblemente como caballero, pero, muy a menudo, como tribuno militar o como miembro de un estado mayor. A punto de finalizar la veintena o a principios de la treintena, un hombre podía llegar a soñar con ser elegido cuestor. Los cuestores eran, por encima de todo, funcionarios de finanzas, pero también podían actuar como lugartenientes de los cónsules. El cargo de edil se alcanzaba habitualmente a mitad de la treintena y tenía poco peso fuera de la propia Roma, donde era sobre todo el responsable de los festivales y las funciones de entretenimiento. Cada año se elegía sólo un pretor, y antes de la Primera Guerra Púnica ese cargo poseía un papel estrictamente judicial. Al menos la mitad de los cónsules nunca ocuparon ese cargo y algunos sólo lo hicieron después de haber ejercido el consulado. Más tarde se incrementó el número de pretores y de magistrados inferiores, y su papel ganó en importancia cuando las victorias en los dos primeros conflictos con Cartago aumentaron enormemente el territorio de Roma, así como sus responsabilidades. En consecuencia, la carrera política, o *cursus honorum*, se vería regulada con mucha mayor precisión durante el siglo II a.C., fijándose, por ejemplo, la edad mínima legal para ocupar cada uno de los cargos.

En Roma, los candidatos a ejercer un cargo político no eran elegidos por su pertenencia a un determinado partido político (tales cosas no existían), y sólo raramente por hacer pública una política concreta. Se elegía a las personas basándose en sus hazañas anteriores o en los de sus familias, sobre todo si se tiene en cuenta que los jóvenes que pretendían ejercer cargos inferiores raramente tenían la oportunidad de conseguir alguna distinción. Los romanos creían con obstinación que las características y las capacidades pasaban de una generación a la siguiente. Si un padre o un abuelo habían conseguido el consulado y habían conducido a los ejércitos romanos a la victoria en el campo de batalla, contaban entonces con argumentos para considerar que el hijo o el nieto demostraría parecidas competencias. Las familias nobles se cuidaron de anunciar los logros alcanzados por las generaciones anteriores, situando los

bustos y los símbolos del cargo en los atrios de sus casas, junto a las insignias distintivas de las generaciones actuales. Los funerales de los miembros de esas familias se realizaban en público e incluían discursos que no solamente cantaban las hazañas del difunto, sino también las de las generaciones anteriores, cuya presencia la representaban actores que llevaban máscaras y se vestían con sus símbolos respectivos y con los trajes correspondientes al cargo. El electorado romano sabía qué debía esperar de un Claudio o un Fabio y era más probable que les votaran a ellos que a una persona, cuyo nombre y el de su familia les fueran poco conocidos. Además de esa ventaja, las familias establecidas contaban con numerosos clientes, personas a las que habían hecho favores en el pasado y de las que se esperaba respaldo. Si los favores pasados no eran suficientes, entonces contaban también con riquezas para conseguir apoyos y montar una campaña alabando sus cualidades. Era muy difícil para un hombre cuyos antepasados no hubieran ejercido nunca un cargo que consiguiera una carrera distinguida. Si tal persona lograba alcanzar el consulado, entonces era conocido como un «hombre nuevo» (*novus homo*). En cada generación, algunos «hombres nuevos» conseguían promocionarse siguiendo esa vía, añadiendo el nombre de sus familias a la nobleza ya existente, por lo que, a pesar de las dificultades, no era de ninguna manera imposible alcanzar así el éxito. Los mismos «hombres nuevos», incluyendo a Catón el Viejo y, más tarde, a Cicerón, podían exagerar ellos mismos los obstáculos que habían debido salvar, añadiendo así un nuevo elemento a sus hazañas.¹⁹

Los senadores romanos competían duramente por conseguir un cargo importante y por el honor, la gloria y los beneficios financieros que éste conllevaba. La mayoría de los senadores nunca llegaban a alcanzar el consulado, que estaba monopolizado en buena medida por un pequeño número de familias ricas e influyentes. Durante los primeros años de la República, el cargo se encontraba sólo abierto a las pocas familias patricias, pero en esta época los plebeyos habían sido admitidos, y algunas de las familias plebeyas más antiguas eran casi tan aristocráticas y poderosas como las patricias. Hacia el siglo III a.C. era ya normal que hubiera, anualmente, un cónsul patricio y otro plebeyo. Esas familias bien establecidas poseían grandes riquezas, extensas redes de clientes y el prestigio de numerosos antepasados que habían destacado en el servicio a la República. En la narración de las Guerras Púnicas aparecían los mismos nombres una y otra vez, a medida que una nueva generación de la familia alcanzaba un cargo importante. El consulado conllevaba el mando en las guerras más importantes, y la mayor ambición de un aristócrata romano consistía en alcanzar la gloria militar. Una gran victoria daba derecho a celebrar un triunfo, honor que el Senado dedicaba a los comandantes que habían conseguido éxitos. Para esta ceremonia, el general se pintaba la cara con terraco-

19. A propósito de los funerales de aristócratas, véase Polibio 6.53-54.

ta roja, como las estatuas de Júpiter, y se revestía con las galas del dios, mientras cabalgaba por el centro de la ciudad, mostrando el botín de su victoria y con los soldados marchando en orden de parada militar. El único honor superior a éste lo constituía el derecho a dedicar una *spolia opima* en el Capitolio, que sólo podían obtener aquellos generales que habían dado muerte al jefe enemigo en combate cuerpo a cuerpo. Antes del 265, solamente dos hombres, uno de ellos Rómulo, habían efectuado ese ritual. Los cónsules anteriores y aquellas personas que habían triunfado constituían un grupo superior entre los hombres de Estado más antiguos del Senado, unos hombres que contaban con una reputación (*auctoritas*) que exigía que se les invitase a tomar la palabra en los debates. Éstos competían entre sí para eclipsar a sus pares en gloria y reputación. Sus monumentos triunfales eran ricos en superlativos, pues todos ellos trataban de ser los mejores y los más grandes, habían conquistado un gran número de pueblos, habían destruido innumerables ciudades, habían ganado numerosísimas batallas y eran quienes más cautivos habían convertido en esclavos. La competencia entre los senadores les animaba a hacer todo lo posible por servir al Estado de la manera más eficaz como magistrados pero, durante ese periodo, aquella rivalidad se hallaba muy controlada y contribuyó a mantener la estabilidad del Estado. Un aristócrata romano no tenía por objetivo derrocar la República, sino alcanzar éxito en las condiciones marcadas por aquélla. Era necesaria la preservación del Senado y de la República si el aristócrata deseaba ser reconocido por sus pares como uno de sus miembros preeminentes. Un senador romano nunca pensaría en desertar entregándose al enemigo con la esperanza de alcanzar el poder en una futura Roma derrotada.

Era habitual creer que el Senado romano se hallaba dividido en grupos políticos precisos o en facciones que se apoyaban en algunas de las familias dominantes. Se consideraba que éstas defendían políticas sólidas, hasta el punto de que se decía, por ejemplo, que la facción que se apoyaba en la familia de los Fabio, uno de los antiguos linajes patricios, favorecía la expansión hacia el sur de Italia, mientras que la Emilia tenía mayor predisposición a extenderse por territorios de ultramar. Se trataba de una idea atractiva, puesto que en el momento en que aparecía un cónsul relacionado por sangre, matrimonio o cualquier otro vínculo con cierta familia, automáticamente los historiadores defendían que aquél favorecía una determinada política, incluso aunque apenas se conociera nada del personaje y de lo que realmente había llevado a cabo. De esa manera, parecía que la política exterior romana seguía unas pautas que podían explicarse a partir de la fortuna cambiante de grupos familiares concretos. Nuestras antiguas fuentes no abonan tal supuesto, pues en ningún caso atribuyen a familias concretas específicos posicionamientos políticos, sino determinados rasgos característicos. El Senado romano, y sobre todo el reducido número de familias dominantes, formaban una comunidad muy pequeña cuyos miembros se casaban libremente entre sí, de tal manera que la

mayoría de los personajes importantes de cualquier periodo mantenía algún lazo familiar, aunque fuera lejano. No era extraño que, en política, aparecieran contradicciones entre primos. Para los romanos, el término facción era negativo y se aplicaba de manera invariable a los oponentes políticos. Como es natural, los senadores trataban de hacerse con tantos amigos y aliados en el Senado como fuera posible, pero desde el mismo momento en que, en definitiva, entraban en competencia por los mismos cargos y honores, estos grupos eran inevitablemente muy inestables. Cuando sus intereses mutuos eran coincidentes, los senadores podían combinar la ayuda entre sí en sus respectivas campañas electorales con el hecho de verse involucrados en una disputa legal. Tales relaciones no eran permanentes, y podían abandonarse en el momento en que no sirvieran ya a un objetivo útil. Solamente se podía confiar en los miembros directos de la familia. La política romana se basaba en conseguir el éxito personal y familiar, no en la formulación de una política a largo plazo. Su ritmo venía marcado por el año político, mediante elecciones anuales y la asignación de las provincias.²⁰

En Roma, la competencia aristocrática era ardiente, aunque se hallaba fuertemente controlada, y la República, al igual que Cartago, demostraba ser mucho más estable que muchas de las ciudades-Estado griegas. El historiador griego Polibio creía que tal cosa era debida a que poseía una constitución mixta (el ideal de la teoría política griega), que combinaba los tres principales tipos de gobierno considerados como condiciones naturales de un Estado civilizado: la monarquía, la aristocracia y la democracia. En Roma, los magistrados y, en especial, los cónsules poseían un poder enorme y encarnaban el elemento monárquico, mientras que el papel consultivo de carácter más permanente representado por el Senado hacía pensar en una aristocracia. La democracia la proporcionaban las Asambleas Populares, que declaraban la guerra, elegían a los magistrados, aprobaban las leyes y nombraban a los diez tribunos de la plebe. El poder de cada grupo equilibraba el de los demás, de tal manera que ninguna institución del Estado poseía un poder dominante. Algunos comentaristas modernos han aceptado la perfección de la versión de Polibio, si bien la mayoría consideran que el elemento oligárquico representado por el Senado constituía la fuerza dominante del Estado. No obstante, ciertamente uno de los principios fundamentales de la política romana consistía en que nadie, a título individual, pudiera alcanzar un poder omnímodo. Por eso había dos cónsules, cada uno de ellos con el mismo *imperium*, que ejercían el cargo durante doce meses y después regresaban a la vida privada, puesto que era ilegal conservar el mismo cargo durante varios años consecutivos y, en

20. El recurso a las facciones domina los relatos más modernos sobre las Guerras Púnicas, p. ej., B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, pp. 20, 83-84, y en menor medida Lazenby (1978), pp. 4, 108. H. Scullard, *Roman Politics 220-150 BC*, Londres, 1951, representa una forma extrema de esta visión.

teoría, debía pasar una década hasta poder acceder de nuevo al mismo cargo. La competencia entre los senadores por el más importante de los cargos convertía en muy poco frecuente que se obtuviera más de una vez, y de manera muy excepcional más de dos. Solamente en momentos de profunda crisis se suspendía el orden normal y se nombraba un dictador único con poderes supremos que incluso superaban los de los propios cónsules. Aun así, este cargo no podía desembocar en la dominación del Estado, pues solamente se ejercía durante seis meses. Muy a menudo se usaba como la vía para convocar elecciones a las magistraturas del año siguiente en ausencia de los cónsules ordinarios, y el dictador dimitía transcurridos algunos días.²¹

Las estructuras políticas de Roma no explican por entero el fuerte sentimiento de pertenencia a una comunidad que mantenía unidas a todas las clases del Estado. Desde una perspectiva moderna, la sociedad romana puede parecer realmente injusta. Las clases más prósperas tenían una influencia política desproporcionada y una pequeña elite monopolizaba los cargos importantes. No obstante, no existe evidencia alguna que sirva para indicarnos que los ciudadanos más pobres tuvieran realmente la sensación de hallarse injustamente en desventaja. Aunque sí parece que esos ciudadanos más pobres habían sido bastante deferentes en su actitud ante los poderosos, sin embargo se sentían libres para mostrar su opinión sobre sus líderes en algunas circunstancias, como cuando los soldados, marchando en triunfo, acostumbraban a referirse con canciones obscenas a su comandante. El patronazgo invadía la sociedad romana, relacionando entre sí a todas las clases en un íntimo vínculo de dependencia mutua. Los patronos esperaban respaldo y respeto de sus clientes; por ejemplo, los senadores pedirían su apoyo político y electoral, pero, a cambio, los clientes esperaban recibir ayuda en sus propios asuntos. Aunque de manera indirecta, ya fuera a través del patrón del patrón de su patrón o incluso siguiendo una sucesión aún más lejana, la mayoría de los ciudadanos más pobres contaban con alguna forma de acceso a quienes se encontraban en el centro del poder. También era posible la promoción social, y quizás de manera bastante más fácil de lo que a menudo se imagina. Los ciudadanos romanos se identificaban a sí mismos de forma muy profunda con la República y se sentían parte de ella. Cuando el Estado entraba en guerra participaban todas las clases, cada una de ellas de acuerdo con su nivel de prosperidad, y todas compartían tanto el peligro como los premios por la victoria, aunque los más poderosos fueran quienes más se beneficiaran de estos últimos.

21. La famosa descripción de Polibio, en Polibio 6.11-19, 43-58, y F. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius* (3 vols.), Oxford, 1970, pp. 673-697, 724-746. Sobre la política romana en general, véase M. Gelzer, *The Roman Nobility*, Londres, 1968; M. Crawford, *The Roman Republic*, Glasgow, 1978; P. Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*, Londres, 1978, pp. 1-73; F. Millar, «The political character of the Classical Roman Republic», *Journal of Roman Studies* 74, 1984, pp. 1-19, y T. Wiseman (ed.), *Roman Political Life 90 BC-AD 69*, Exeter, 1985.